

con optimismo, los elementos positivos que de cada uno de ellos pueda extraerse.

La tercera y última parte es eminentemente práctica, y en ella se suceden las recomendaciones respecto a la lectura, la escritura en todas sus variadas formas y la manera de obtener éxito en los exámenes. Recetas diversas que son el resultado de la experiencia, y que suponen un elemento de ayuda siempre útil, sobre todo por su afán de superar la historia como mera recopilación.

Termina el libro con una reflexión en la que destaca la primera frase: "Por su propia naturaleza, la historia es contingente" (212) y las que posteriormente desarrollan esa idea, como la que afirma que la mayor virtud de la historia como disciplina es inculcar cierto sentido escéptico, que no cínico, sobre los modelos explicativos y sobre nuestra capacidad de comprender el pasado y por ello nuestro propio mundo. Quizá sea lógico que el mensaje de este libro, dirigido a quienes comienzan en la historia, se aleje de la crisis de una disciplina con casi tanta historia como la que ella misma recoge; del mismo modo, proponer la diversidad que engloba significa romper con falsos mitos sobre unidad e infalibilidad. En definitiva, mostrar diversas realidades lleva a preguntarse por las razones de la existencia de éstas, lleva a reflexionar y a abordar la teoría de una ciencia que ha sido muy reacia a ella, escudada en falsas seguridades, lleva a ser crítico. Pese a los riesgos, no es un mal bagaje para un estudiante que empieza una carrera, que si algo no debe ser es conformista.

Jeremy Black, nacido en 1955, ha sido profesor en la Universidad de Durham y en la actualidad ejerce docencia e investigación en la Universidad de Exeter. Especialista en historia del siglo XVIII, ha publicado buena parte de su obra con esta temática. Algunas de sus obras son: *Eighteenth century Europe 1700-1789*, Basingstoke, 1990; *British politics and society from Walpole to Pitt 1742-1789*, Basingstoke, 1990; editor de *A dictionary of eighteenth-century world history*, Oxford, 1994 o de *Culture and society in Britain, 1660-1800*, Manchester, 1997. También ha publicado algunas reflexiones, como *Maps and history. Constructing images of the past*, New Haven, 1997. Donald M. MacRaild desarrolla su actividad docente en la Universidad de Sunderland. Su obra fundamental es *Culture, conflict and migration: the Irish in Victorian Cumbria*, Liverpool, 1998.

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Ferro, Marc - Planchais, Jean, *Les médias et l'histoire*, CFPJ éditions, París, 1997. 166 pp. Pertenece a la colección *Médias et Société*, 4. ISBN 2-85900-131-X.

Marc Ferro, *L'empire de l'image*, 9. Incluye una selección de películas y documentales históricos, 57; Jean Planchais, *Les racines de l'actualité*, 95; Annexes, 153.

Es evidente que en su trayectoria, la historia como disciplina se ha visto en más de una ocasión dominada por la avasalladora vitalidad de otras más jóvenes y dinámicas maneras de afrontar el conocimiento de la realidad. Ya lo fue en su tiempo la retórica, lo sería la cronística, posteriormente el afán anticuario, la sociología o los medios de información en la actualidad. Las respuestas de la historia-institución en cada uno de esos momentos buscaron adaptarse al empuje que esos puntos de vista dieron, adoptando formas, asumiendo las novedades más favorables, pero también equivocándose y abusando de préstamos. Todo ello ha contribuido a la formación de la historia que hoy tratamos de desarrollar. En estos momentos en los que la historia reciente se ha asentado no sólo en lo académico, sino también en lo cotidiano, la afinidad temática entre historia y periodismo lleva a dudar del espacio de cada uno.

El libro comentado se acerca a esta duda a través del análisis de la relación entre medios de comunicación e historia y para ello recurre a dos autores anfibios; el primero, Marc Ferro, historiador interesado por aquellas cuestiones que hacen referencia al cine y la historia; el segundo, Jean Planchais, periodista y escritor de obras de investigación histórica. Ambos llegan a la conclusión de que es necesaria la consideración de lo histórico dentro del ámbito periodístico y no sólo como recurso estilístico o toque erudito y supérfluo, sino como medio de profundizar en el significado de las noticias cotidianas, como vía para una mejor comprensión de los problemas del presente en su profundidad temporal, evitando lo que Jean Planchais llama historia salchichón, de finas rodajas independientes de las restantes. Lógicamente, este imposible propósito neutro se encuentra con dificultades graves para su puesta en práctica, como ambos autores señalan: las fuentes (Ferro) o la politización (Planchais).

El primero de ellos hace una defensa del espacio de lo no escrito como integrante del ámbito historiográfico, aunque sólo sea por la creciente presencia de lo audiovisual a todos los niveles. En torno a este eje construye su argumento, sin supervalorarlo y criticando tanto la desinformación de los informadores como el riesgo de una mediatización que se justifique por sí misma. Dada la que considera fundamental importancia que en el conocimiento histórico tiene la recopilación y la reflexión, considera importante la identificación de quienes configuran dicho conocimiento, que identifica en tres puntos: el Estado y sus instituciones; la contra-historia de los que critican la historia oficial, y, por último, la memoria de los grupos e individuos. Estos puntos de vista no constituyen la "verdad", sino que plantean problemas, elecciones concretas..., muestran la ambigüedad de las reflexiones sobre los hechos humanos. Y es que, como señala Marc Ferro, el trabajo con las fuentes archivísticas tradicionales ha determinado la condición fundamental del historiador hasta ahora, aunque la historia reciente comience a no necesitarlas de forma tan perentoria, en parte por la existencia de otro tipo diverso de recursos informativos. Junto a estos recursos surgen historiadores no pro-

fesionales, cuyas dedicaciones se encuadran en otros territorios, como el del novelista, el cineasta o el periodista, cuyos puntos de vista y opiniones reivindican su validez y pertinencia.

A este grupo de fuentes, las no tradicionales, y especialmente a las visuales, dedica un análisis más pormenorizado, distinguiendo tipos, señalando fronteras, definiendo lo que separa las imágenes de actualidad, de los documentales elaborados a partir de fuentes de archivos visuales, los programas de debate, de la ficción. Todo ello puede someterse a análisis histórico, pero sin perder de vista que el estudio de la historia supone la búsqueda de las raíces del presente en el pasado y el análisis de los cambios. Por ello, dentro de lo que la actualidad visual puede aportar a la historia, prefiere los programas de debate y reportaje.

En este diverso panorama audiovisual, lamenta la siempre escasa presencia del historiador (salvo, quizá, en Francia) y siempre como invitado, nunca como gestor y conductor de las distintas experiencias en las que llega a participar; tampoco institucionalmente la relación ha existido. Y el problema no es de rechazo desde los medios de información o de creación visual, pues como señala con ironía, "la disciplina no otorga su estatuto de hidalguía a la imagen más que si ésta es inmóvil o antigua" (51). Si a ello se añaden las dificultades de relación entre ambos mundos, separados por sus fines últimos, o la desconfianza que Planchais destaca hacia aquellos historiadores que cometen la "ligereza" de tener éxito público, más allá de los límites académicos, encontramos una breve muestra de las complicaciones posibles.

Y a pesar de todo, la historia está más que nunca de actualidad, una presencia bajo vigilancia, señala Ferro —y coincide con él Planchais—, en la que la necesidad de recurrir a elementos de fundamentación en un momento de crisis de ideologías y sistemas, conduce a la historia como refugio de inteligibilidad e identidad. En este proceso crece la exigencia en lo que a su exactitud se refiere y la opinión individual aparece en juego de forma permanente. La imagen, la prensa, los medios de comunicación, juegan en ese proceso un papel relevante, difundiendo la historia profesional, haciendo ellos mismos su historia.

Jean Planchais enlaza con este argumento, al constatar el papel de la historia como base sobre la que se apoya la pertenencia a las colectividades nacionales y, por tanto, el interés que cualquier aspecto histórico tiene para los grupos y las sociedades. Lógicamente, esto genera formas de periodismo incompatibles tanto con la historia como con el propio periodismo, lanzado al espacio que las "nuevas historias" de este nuestro declinante siglo XX, alejadas del acontecimiento, dejaban libres. La política como juego de intereses descubre las posibilidades de la historia y una vez más en su decurso temporal, ésta se ve utilizada por unos y por otros, por un De Gaulle que reescribió en sus memorias una historia que prefería a los propios franceses; de un Le Pen que defiende una historia "frigorífico"; de un PCF que recurre a la Comuna, a la guerra civil española o a la Resistencia como

elementos de conexión y permanencia. Algo similar ocurre en otros muchos lugares del mundo, donde la historia aporta elementos de refugio y de base para casi todo y para casi todos. En este contexto se pregunta el autor por las diferencias entre historiador y periodista, vecinos del rellano de una actualidad con protagonismo histórico permanente. La objetividad, invención reciente en los medios de comunicación, obsesión permanente en la historia, ofrece pocas diferencias. Las busca entonces en otro punto cercano, el tratamiento de la información, con el acontecimiento como eje y la urgencia como amenaza en el periodista, con la inserción del mismo en una cadena temporal prolongada, el historiador. Y añade: "Simplificando considerablemente, puede decirse que la historia es una ciencia, el periodismo, una pedagogía" (131). Por ello, y a diferencia de Ferro, considera que el periodismo está sometido a un escrutinio permanente y más cercano que una historia más reclusa en sus círculos académicos.

Todo ello no significa que no haya puntos de conexión entre ambos, y señala la revisión permanente de contenidos y temas, su papel y su deber de memoria, su capacidad de difusión. Por ello, propone la necesidad de que la formación del periodista incluya un importante apartado de cultura histórica, como medio más seguro de evitar errores, incluso señala la posibilidad de habilitar consejeros históricos, aunque su "pesimismo profesional" encaje con dificultad en el optimismo periodístico. Termina recomendando humildad al periodista: "Ver hacerse la historia no es hacer la historia" y comprensión al historiador ante las dificultades del periodista (151).

Condenados a entenderse, historia y periodismo han de compartir aquello que los caracteriza, salvando recelos y tratando de sumar esfuerzos para entender, conociendo, la sociedad que nos ha tocado vivir. En este sentido, el libro de Ferro y Planchais proporciona elementos para mejorar las posibilidades de encuentro.

Marc Ferro es Director de Estudios en la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Entre sus principales publicaciones destacan: *The Great War: 1914-1918* (Londres, 1978); *La Révolution de 1917*, 2 vols. (París, 1967-1973); *Nicolás II* (París, 1990); *Film et histoire* (París, 1984) y *Pétain* (París, 1987). Jean Planchais fue redactor jefe de *Le Monde*. Entre sus publicaciones destacan: *Les provinciaux ou la France sans Paris* (París, 1970); *Un homme du "Monde"* (París, 1989) o *L'Empire embrasé: 1946-1962* (París, 1990).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Zaremska, Hanna, *Les bannis au Moyen Âge*, Aubier, París, 1996, 235 p. ISBN 2 7007 2260 4, 140 FF.

Préface. Introduction. I. "Il se transforma en loup". II. "Il errait en habit de pénitent" III. "Chasser le voleur de la cité, c'est lui faire commettre des vols dans une